

Prólogo



Puede perdonarse hasta a los melómanos más apasionados el considerar la ópera todo un exceso. Después de todo, ¿qué mejor manera de describir un arte que hace alarde de tramas intrincadas, letras incomprensibles, orquestaciones tormentosas, actuaciones exageradas, puestas en escena exóticas y cantantes temperamentales? Otra palabra para hacerlo podría ser «operístico».

Sin embargo, la ópera añade continuamente nuevos conversos a su legión de fieles seguidores. En un primer momento, es posible que toque la fibra sensible desprevenida gracias al carisma de una diva en la televisión, al sonido conmovedor de un coro en la radio o a la emoción de una actuación en directo. Sea cual sea ese estímulo, la gente suele recordar el momento en que la ópera comenzó a cambiarle la vida.

Una invitación

Ambos llegamos a la ópera por motivos distintos, pero, una vez en ella, nos ha llevado a ver el mundo –y a nosotros mismos– con otros ojos. Nos ha llevado a periplos imaginarios y nos ha acompañado en nuestros viajes. A través de este libro esperamos ahora compartir los muchos placeres que nos ha brindado.

La ópera es, por supuesto, una experiencia emocional, íntima incluso. No puede pasarse por alto su esencia dramática: trama, letra y música se unen para expresar intensos sentimientos. Los textos pueden cantarse en varios idiomas –los que abordamos aquí son el italiano, el alemán, el francés, el ruso, el checo, el húngaro y el inglés–, pero la música en sí no necesita traducción.

Puede ser tentador pensar en la ópera como una forma artística artificial, artificiosa incluso. Con apenas cuatro siglos de antigüedad, nació en la parte de Europa que le dio tanto el nombre como muchos de sus más grandes compositores: Italia. Sin embargo, en realidad, el canto –de amor, de traición, de sufrimiento o de alegría– es más antiguo que la historia escrita; es inseparable de las propias pasiones humanas. Lo que hicieron los primeros creadores de la ópera fue dar una nueva forma lírica y dramática a esas verdades emocionales de milenios de antigüedad.

Las sucesivas generaciones de compositores y libretistas han ido captando el espíritu operístico de su tiempo. A medida que la ópera fue aumentando en popularidad, dando lugar a teatros diseñados en función de sus necesidades, se convirtió también en un arte internacional. Los cantantes, los compositores, los poetas y los escenógrafos empezaron a recorrer Europa y pronto llevaron la ópera al Nuevo Mundo y más allá todavía.

Una aventura emocionante

Ningún libro podría cubrir por sí solo todas las óperas que se conservan: se cuentan por miles. Por ello hemos seleccionado las de popularidad mayor y más duradera, así como las que tuvieron un papel crucial en la evolución del género. No obstante, así como el libro se centra en ciento ochenta y dos



▲ Una multitud llega para *La traviata* a la «antigua» Metropolitan Opera de Nueva York en 1961, cinco años antes de que fuera sustituida por un edificio más amplio (la Metropolitan Opera del Lincoln Center).

obras y sus compositores, aspira también a narrar la historia de la propia ópera como género: la historia de cómo apareció y cambió este arte a lo largo de los siglos. Asimismo, es la historia de muchos compositores que fueron adorados como dioses y de otros que murieron en la miseria; de óperas prohibidas por subversivas y otras que se convirtieron en banderas patrióticas; de arias, dúos y coros que se convirtieron en éxitos populares; de cantantes electrizantes y escenografías deslumbrantes; de teatros de ópera reducidos a cenizas por el fuego y reconstruidos con todo el amor del mundo; por último, de algo tan importante como ese público entregado que hace de la ópera lo que es.

Como autores, este libro también ha sido todo un viaje para nosotros. Cada uno empezó con sus propias óperas, compositores y periodos musicales preferidos, pero, al seleccionar obras para someterlas a un examen más atento, nuestra investigación nos llevó a descubrir nuevos tesoros y a admirar la extraordinaria variedad y continuidad de la ópera a través de los siglos.

La ópera es un mundo muy rico y gratificante, y se puede entrar en él por un sinnúmero de puertas alternativas. Confiamos en que este libro acompañe en la bienvenida a todos aquellos que decidan explorar este universo único.

◀ **Miles de fans** desafían a la lluvia el día que el gran tenor italiano Luciano Pavarotti celebra sus treinta años en la ópera con un concierto gratuito en Hyde Park, Londres, en julio de 1991.





1

UNA INTRODUCCIÓN
A LA ÓPERA





¿QUÉ ES LA ÓPERA?

Hace cuatro siglos, la música, el teatro y la danza se unieron en Italia para crear una nueva forma artística llamada «ópera». Pronto se puso de moda y en 1700 ya les servía de entretenimiento por igual a plebeyos y miembros de la aristocracia en toda Europa. Con el tiempo cambiaría el sonido de la música de la ópera, pero no su esencia: la orquesta sirve de acompañamiento; la escenografía, el vestuario y la luz añaden dramatismo, y los cantantes cuentan una historia.

El poder único de la música para conmover a la gente no es ningún secreto, pero el atractivo especial de la ópera radica en la voz, posiblemente el instrumento que más conmueve de todos. Transmite emociones incluso cuando no se entiende la letra, mientras las voces de mayor talento son capaces de insuflar vida a las partituras y tramas más familiares. De hecho, el placer de volver a ver las óperas más queridas explica cómo toda una forma artística puede basarse en el genio de Mozart, Verdi y Wagner, y en un núcleo de repertorio de unas ciento cincuenta obras.

Aun así, sigue siendo un misterio por qué han sobrevivido relativamente pocas óperas y miles de ellas han caído en el olvido. Algunas que llenaban teatros y para las que se llegaban a agotar repetidamente las entradas en su día ya nunca se representan en la actualidad. Otras, abucheadas en el estreno, se han convertido en favoritas del público. También están las modas: la *grand opéra* francesa, considerada hace tiempo toda una cima artística, se ha desvanecido; en cambio, ha habido un entusiasta redescubrimiento de la ópera renacentista y de la ópera barroca. Hoy en día, la ópera contemporánea representa un gusto minoritario, aunque se siguen componiendo obras continuamente y algunas han pasado a formar parte del repertorio convencional.

También son importantes las historias de las óperas. Las partituras pueden grabarse en estudios o presentarse en versión de concierto, pero la ópera nació como teatro musical, es decir, como música basada en un libreto pensada para la escena. Es cierto que la mayoría de la gente solo recuerda el nombre del compositor de la ópera, pero hasta los mejores compositores han valorado siempre un buen libreto. Este puede tomar prestado el argumento de la mitología griega o de la historia romana, de Shakespeare o Schiller, de epopeyas históricas, dramas románticos o comedias. En cualquier caso, debe usar la poesía del lenguaje para expresar un amplio espectro de emociones. El compositor aprovecha todos estos ingredientes del drama humano, con lo que las grandes óperas pueden tratar sobre violencia, codicia, ambición, intriga, traición, reconciliación y muerte, pero también pueden estar marcadas por el humor, la alegría, la pasión y el amor.

◀ **El magnífico auditorio en forma de herradura** del Teatro alla Scala de Milán, que se inauguró en 1778, constituyó el modelo para los teatros de ópera de todo el mundo hasta hace tan solo unas décadas.



Un público posesivo

La partitura y el libreto se convierten en ópera a través de las voces de los solistas y el coro, apoyados por la orquesta y la puesta en escena. Cuando encaja todo, los creadores de la ópera pueden sentirse satisfechos – excepto, claro está, cuando ya no están vivos, como suele ocurrir en la mayoría de los casos—. En cambio, el papel de juez y jurado es desempeñado por el público, parte de él recién llegado al género, parte formado por veteranos curtidos en innumerables producciones, pero todos ellos con opiniones que emanan de fuertes pasiones. De hecho, si el público proclama tantas veces sus veredictos con fuertes vítores o abucheos es porque tiene un profundo sentimiento de posesión con respecto a la ópera.

Sin embargo, es raro el aficionado a la ópera al que le gustan todas las obras. De hecho, algunos rayan en el sectarismo, adorando a un compositor y aborreciendo a otro. Los amantes de Wagner, por ejemplo, parecen una secta en toda regla. Luego están los que prefieren las óperas dramáticas de Verdi, mientras que otros

suspiran por el *bel canto* –«canto bello»– de Bellini, por ejemplo. El público ruso y checo es muy leal a sus propias óperas nacionales, mientras que los franceses han llevado la delantera en el renacimiento de la ópera barroca.

No obstante, sigue ganando adeptos una forma de arte de la que se burló una vez Samuel Johnson calificándola de «pasatiempo exótico e irracional». En ello han tenido mucho que ver las grandes estrellas llenas de glamur. Incluso en ausencia de superdivas como María Callas siguen apareciendo nuevas estrellas: con Elina Garanča o Juan Diego Flórez en el cartel está asegurado el lleno. Espectáculos como *Los tres tenores* también han conseguido atraer nuevos públicos. Para satisfacer esta demanda se renuevan los teatros de ópera y se construyen otros nuevos. Los festivales de ópera siguen multiplicándose, mientras las multitudes ven actuaciones transmitidas en directo en pantallas en plazas y parques. Siglos después de su creación, la ópera sigue viva y coleando.

Cómo empezó todo

La ópera fue un fruto más del Renacimiento italiano. Como tal, no es casualidad que sus raíces se encuentren en la exuberancia creativa de Florencia. En la última década del siglo *xvi*, un grupo de artistas, músicos y poetas que se hacía llamar «Camerata» se reunió allí para promover una recuperación del teatro griego. Estando en ello, se les ocurrió en cambio la idea de que esas historias se podrían contar en forma de *opera in musica* («una obra en música»).

Claudio Monteverdi está considerado como el padre de la ópera porque dio un paso más a partir

▲ **En el centenario** de la Metropolitan Opera de Nueva York el 22 de octubre de 1983, los artistas que actuaron en la gala vespertina llenaron el escenario para recibir un aplauso cerrado de un público exultante puesto en pie.

del experimento florentino con *L'Orfeo*¹, que presentó en Mantua en 1607 y en la que sumergía al público en un drama lírico. El nuevo arte se propagó rápido a otras cortes y pronto llegó a Venecia. Allí, con la apertura del primer teatro de ópera de la ciudad en 1637, alcanzó a un nuevo público. A finales de siglo, Venecia contaba ya con diecisiete teatros de ópera y ponía el sello al amor italiano por este género.

A esta ciudad nunca le faltaron compositores, siendo Antonio Vivaldi su estrella de principios del siglo *xviii*. Las cortes reales de Europa también querían este nuevo *divertimento*, o entretenimiento, y fueron muchas veces los italianos quienes lo proporcionaron; Jean-Baptiste Lully, por ejemplo, introdujo la ópera en Francia como compositor oficial de Luis XIV. El alemán Georg Friedrich Händel la popularizó en el Londres del siglo *xviii*, aunque la primera ópera en inglés, *Dido and Aeneas*, de Henry Purcell, se representó ya en 1689.

La reforma de la ópera

El modelo predominante durante gran parte de los siglos *xvii* y *xviii* fue la *opera seria*, con un argumento narrado por medio de diálogos

¹ Como diría Jean-Jacques Rousseau, cada lengua tiene su música y «es» en sí música. Por ello se han mantenido los títulos originales de las óperas, así como de sus personajes, además de los nombres originales de los teatros y compañías de ópera. En los listados de personajes principales de cada ópera se aporta la traducción al español cuando se ha considerado necesario, posible o convencional, pero en el resumen de cada argumento también se ha dado prioridad a los originales. [N. del T.]



◀ **Vista de Michele Marieschi** del patio del Palacio Ducal de Venecia, ciudad en la que se representó ópera por primera vez en teatros públicos para público de pago.